

desde más allá de su tránsito, se deleitarán recorriendo las ciento cuarenta y seis páginas que contienen esta «Psicogénesis del arte», hallazgo valioso para el espíritu, fuego de sabiduría para la estrella del hombre.—H. B.



ALBERTO BLEST GANA: «El Pago de las deudas», «El primer amor» y «Un drama en el campo».—Editorial Zig-Zag.

La ingente obra novelística de Alberto Blest Gana podrá, desde algún punto de vista, carecer de valores originales, pero implicaría vana obstinación negarle importancia histórica. Nuestro novelista fué humilde en sus propósitos. Según declaró, tuvo en vista a Balzac como modelo. Siquiera esto lo enaltecería, en caso de ausencia absoluta de otros motivos para ello. Y, si no consiguió superarlo, ¿por qué habíamos de reprocharle algo que nunca estuvo en el sentido de sus empeños? Sin embargo, a él le debemos la definitiva aclimatación de la novela entre nosotros. Insufló aliento artístico a nuestras jornadas de pueblo naciente a la voluntad de soberanía. Otorgó categoría estética a sucesos y personajes innumerables de nuestra vida social. Se desarrolló, en verdad, a los pechos y en el regazo de la gran tradición novelesca de la Europa decimonónica. De ese inagotable filón dedujo sus recursos técnicos y, cuando se trató de aplicarlos, se orientó hacia un campo de experimentación ya conocido; nutrió sus ejecutorias de vivencias privativas del caudal nativo, y en todo esto radica su ejemplar lección de hombre de letras; auténtica lección de honestidad respecto del oficio, quien lo asocia, de modo vital, a la prédica programática de Lastarria, fuerza espiritual efectiva de nuestro 1842.

Es admirable la sensación de serenidad que dimana del conjunto de sus obras. Nada más ajeno que él a la ciega convulsión, al disparatado delirio. Su serenidad es dinámica y potencial. Es

que en *Blest Gana* se produce un perfecto vaivén entre sus medios y sus objetivos. Es grande en el manejo de sus limitaciones. Sus trabajos los proyecta, organiza y desenvuelve casi con frialdad; mejor dicho, con un entusiasmo vaciado en la moderación. A medida que uno avanza en la lectura de sus textos, es fácil sentir que el autor se encontraba a sus anchas mientras escribía. Sus exigencias eran justas; ni más, ni menos. El lenguaje mismo no lo batía sino lo necesario para que el relato siguiera su curso en un estilo llano, pero indeciso; sin acentuada nota de parquedad, aunque económico. Ninguno de sus personajes—perdónese nos esta ficción—tendría razones en qué apoyar queja alguna valedera en contra de los dictados del animador de sus existencias imaginarias. Iba hacia ellos con un conocimiento cabal de sus personas, móviles y acciones; con una simplicidad de conciencia que titubearíamos en llamar trágica o espartana. Considérese, no más, cómo mueren o desaparecen en perfecto acuerdo con el destino que rige sus actos; destino labrado con una lógica pasiva en el desenvolvimiento de sus premisas, pero de reconcentrada y noble violencia en las conclusiones. Luego, ninguna explicación subsidiaria de por qué la virtud perece entre las redes del mal, de por qué lo blanco surge inmaculado de lo negro o viceversa. Y—lo que queríamos recalcar—ninguna mortaja de adjetivos. He aquí la causa de nuestro titubeo de hace un momento.

*Blest Gana* entretiene y enseña, emociones y todavía consigue hacerse inolvidable. Es cuestión de leerle sin reservas ni prejuicios. Y ahora, para terminar retornando a lo que decíamos al comienzo de estas observaciones, supongamos que su obra, prueba, por oposición, la grandeza de la novela que le sirvió de ejemplo. Convengamos en ello y, si se quiere, en aquello de que tampoco planeó a gran altura. No obstante, para nosotros, será siempre una tarea fundamental reconocer la fecunda magnitud de su fracaso.—ALDO TORRES-PÚA.